

El elitismo del escritorio

Leemos una crítica al concepto de soberanía alimentaria en la página del P.O. (Partido Obrero) <http://po.org.ar/articulo/po1182079/sobre-las-consigna-de-soberania-alimentaria> que nos parece, cuando menos, elitista y que merece ser contestada, al menos con la intención de practicar la crítica. El autor comienza el artículo comentando acerca de quienes adhieren al concepto y, traficando adjetivaciones, intenta desacreditarlos asumiendo argumentos ad hominem. Es decir, la pertenencia de ciertos organismos con una orientación política no necesariamente marxista que adhieren a algunos de los postulados de la soberanía alimentaria, es un argumento suficiente, al menos para despertar la sospecha. El argumento, además de ser una falacia lógica, transita por la delgada línea del elitismo, al dejar afuera a todos aquellos que no comulgan religiosamente con la fe que se profesa.

El segundo argumento intenta refutar el método que descubre detrás del concepto de la soberanía alimentaria, que no es otra cosa que un nuevo ropaje del “viejo populismo agrario”. Se afirma que es la industria la que alimenta al país, aportando más del 80% de la producción, frente a un 16-18% de la que proviene de la agricultura familiar. Me permito dudar que sea la industria la que “alimenta” a la población, ya que el concepto de “alimentación” implica bienestar y salud y si algo hace la industria alimentaria es justamente lo contrario. Más del 40% de la población del mundo padece problemas de sobrepeso y la principal causa de muerte son las enfermedades no transmisibles, una de cuyas primeras causas es el tipo de alimentación (datos de OMS). Esto sin contar los más de 1000 millones de personas que padecen hambre, otro producto de una industria cuyo único objetivo es obtener ganancias. Se plantea entonces que frente a la ilusión de una realidad ficticia (el papel de los campesinos en la alimentación) se postula una lucha por una bandera que tampoco existe, que es la de la “soberanía alimentaria”. La soberanía alimentaria tiene tanta existencia ontológica como la tiene la “revolución”. Acusar de místicos a los campesinos que luchan por ella, es cuando menos elitista ya que estipula que la claridad está fuera de la caverna y que es el autor el esclarecido que muestra el camino.

Más adelante afirma que en el NOA, un estudio del INTA, muestra que la mayor parte de los campesinos son obreros o semiproletarios, que no alcanzan a reproducir su unidad doméstica y deben vender su fuerza de trabajo o el producto de su trabajo en el mercado. Esta situación no tiene nada de novedosa, basta leer los trabajos de Claude Meillassoux de la década del '60 para comprender, desde el punto de vista teórico, la situación de la economía doméstica en un entorno campesino dentro de un mundo capitalista. Aquí se incurre nuevamente en el elitismo, al afirmar que los campesinos del NOA son explotados por el capital pero no tienen conciencia de ello. Cualquiera que haga un poquito de trabajo de campo en el NOA, entre población campesina, se dará cuenta que el grado de conciencia que poseen acerca de quienes los explotan es mucho mayor que el que se puede pensar desde un escritorio en Buenos Aires. Mi tesis de doctorado es sobre alimentación en la Quebrada de Humahuaca y vengo realizando trabajo de campo allí desde el año 2003. Si algo queda en claro de todo ese trabajo es que los pobladores son sumamente concientes de su situación y si no pueden salir de ella no es por falta de claridad conceptual sino por falta de medios materiales.

El elitismo sigue su curso al afirmar que la consigna de la soberanía alimentaria “ignora” el desarrollo de las fuerzas productivas a nivel mundial y que es falsa la idea de que se puede “vivir con lo nuestro”. No creo que se ignore ni el desarrollo de las fuerzas productivas ni el modo de producción predominante hoy en día, el capitalismo, en las consignas de la soberanía alimentaria. Dentro de quienes sostienen ese concepto se encuentra el Movimiento Sin Tierras, de quien no se puede dudar que, entre otras cosas, lucha contra los agronegocios. La segunda falsa idea de “no vivir con lo nuestro”, recuerda a los postulados liberales que favorecieron la apertura económica en el nombre del desarrollo del capitalismo (o de una de sus partes, las fuerzas productivas). La burla sobre quien hace una huerta y lo reclama como un hecho soberano sólo puede provenir de un elitismo ignorante que desconoce, entre otras cosas, un muy buen libro sobre el tema “La conquista del pan” de Piotr kropotkin.

Unos párrafos más adelante, el autor plantea que la consigna es utópica ya que le exige al estado que ponga un freno a la producción alimentaria orientada a la ganancia. Esto sí que extraño. Leyendo un poquito de historia uno se da cuenta que los derechos fueron conquistados y nunca una dádiva de las clases dominantes presentes en el estado. Pareciera que el autor desconoce que todos los derechos fueron el fruto de la lucha popular, con sus aciertos y errores y arrancados a la clase dominante que tuvo que agachar la cabeza frente al reclamo. Cuando se impuso el aguinaldo, toda la clase burguesa puso el grito en el cielo y encendió las alarmas del fin del capitalismo. Desgraciadamente esto último no ocurrió, pero el derecho a esa porción extra de dinero, sí ocurrió y cualquiera que gane lo que gana un obrero sabe de la importancia de poseerlo. Pareciera que el autor plantea que sólo se puede o hacer la revolución o esperar sentado que caiga la espada capitalista sobre el yugo, desconociendo el propio desarrollo de la historia de la humanidad y como la acumulación de luchas lleva a un punto de no equilibrio que barre con los viejos sistemas. Coincidimos también en algunos aspectos con el autor de la nota, sobre todo en los objetivos finales, es decir en la socialización de los medios de producción. Evidentemente diferimos en los métodos. Por lo pronto me permito proponerle a los compañeros que, si van a realizar algún tipo de aporte científico en el área social, tengan a bien no sólo teorizar desde el escritorio sino comenzar a realizar trabajo de campo, para conocer, de primera mano, la voz de quienes día a día protagonizan la lucha.